

espacio de nuestro encuentro con él, en Cristo ³Evocar la evolución de la revelación sobre la presencia de Dios en medio de su pueblo, nos ayudará a precisar la forma que reviste ese encuentro en la historia. Presencia y encuentro que llevan el devenir de la humanidad hacia adelante, pero que celebramos en el presente en tanto que alegría escatológica.

I

LA HUMANIDAD: TEMPLO DE DIOS

El Dios de la Biblia es un Dios cercano, de comunión y de compromiso con el hombre. La presencia activa de Dios en medio de su pueblo forma parte de las más antiguas y más persistentes promesas bíblicas. Ya sea en el cuadro de la primera alianza: "Moraré en medio de los hijos de Israel, y seré para ellos Dios. Y reconocerán que yo soy Yahvé, su Dios, que los saqué del país de Egipto para poner mi morada entre ellos. Yo Yahvé, su Dios" (Ex 29, 45-46; cf. Lev 26, 11-12); ya sea en el anuncio de la nueva alianza: "Mi morada estará junto a ellos, seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las naciones que yo soy Yahvé, que santifiqué a Israel, cuando mi santuario esté en medio de ellos para siempre" (Ez 37, 27-28). Esta presencia, muchas veces con el matiz de la habitación, es decir, de la presencia en un lugar determinado (*Shekiná*) ⁴, marca el tipo de relación que se es-

³ A. Dumas escribe, inspirándose en Bonhoeffer: "El espacio de Dios es el mundo, el secreto del mundo la presencia oculta de Dios. Jesucristo es la estructuración de ese espacio y el nombre de ese secreto": *Una teología de la realidad*. Dietrich Bonhoeffer, Bilbao, Ed. Desclee de Brouwer, 1971, 171-172.

⁴ "Este término hebreo (*Shekiná*) debe traducirse *habitación*, en lugar de *presencia*. El designa el hecho que Dios habita en alguna parte: allí tiene su habitación. Mientras que la presencia no indica ningún lugar, ningún lazo, ninguna preferencia, la habitación supone que se ha hecho la elección de un lugar para morar": M.-J. LAGRANGE, *Le judaïsme avant Jésus-Christ*. Paris 1931, 446, citado por Y.-M. CONGAR, *El misterio del templo*. Barcelona 1964, 33, n. 45.

tablece entre Dios y el hombre. Es por ello que Congar ha podido escribir:

La historia de las relaciones de Dios con su creación -y muy especialmente, con el hombre- no es otra cosa que la historia de una realización cada vez más generosa y profunda de su presencia en su creatura ⁵.

La promesa de esa presencia se cumple de modos diversos a lo largo de la historia, para alcanzar su plenitud bajo una forma que supera toda expectativa: Dios se hizo hombre. En adelante, la presencia de Dios se hará, a la vez, más universal y más integral.

Al inicio de la historia del pueblo elegido, Dios se revela, de preferencia, en el *monte*. El Sinaí es un lugar privilegiado de encuentro con Yahvé y de sus manifestaciones (Ex 19). Yahvé ordena a Moisés "sube hasta mí, al monte" (Ex 24, 16-17). El Dios de Israel será visto, por mucho tiempo, como "un Dios de la montaña, no es Dios de las llanuras" (1 Re 20, 28). La presencia de Yahvé se hace más cercana al ligarse a la *tienda* que acompañaba a los israelitas en su peregrinación por el desierto. Lugar de encuentro con Yahvé, Moisés la situaba fuera del campamento y hablaba con Yahvé cada vez que Israel necesitaba instrucciones precisas (Ex 33, 7-11; Núm 11, 16.24-26; Dt 31, 14) ⁶. Lo mismo ocurrirá con el *arca de la alianza*, que tiene el matiz de una cierta habitación de Yahvé ⁷, en ella Moisés hablaba con Yahvé (Núm 1, 1). La idea de habitación se afirma hasta el punto de hacerse una curiosa identificación entre Yahvé y el arca:

Cuando partía el arca, decía Moisés: levántate, Yahvé, que tus enemigos se dispersen, huyan de ti los que te odian. Y

⁵ Y.-M. CONGAR, o. c., 7.

⁶ G. von Rad hace ver la diferencia de la tienda con el arca y su tabernáculo, *Teología del antiguo testamento* I, 299-300.

⁷ Algunos exegetas consideran el arca como un trono, cf. F. MICHAIÉL, *Dieu à l'image de l'homme*. Neuchâtel 1950, 59.

cuando se detenía, decía: vuelve, Yahvé, a las miríadas de Israel (Nú, 10,35-36; cf. también Jos 4, 5.13; 1 Sam 4, 17).

Tienda y arca (e incluso, el monte) subrayan el carácter móvil de la presencia de Dios que acompaña las vicisitudes históricas de su pueblo (2 Sam 7,6-7), y, en cierto modo, se niegan a una localización precisa y material. La situación cambia con el *templo*⁸. El país de Canaán es señalado, inicialmente, como la residencia de Yahvé. Es la tierra prometida por él y fuera de ella no se le encuentra. David teme ser impelido a salir del país, porque no quiere estar lejos de Yahvé (1 Sam 26, 19-20). Naamán, curado de la lepra por el profeta Eliseo, se lleva un puñado de tierra de Canaán para poder ofrecer sacrificios más allá de sus fronteras (2 Re 5, 15-19). Determinados lugares del país de Canaán serán privilegiados: son los santuarios, colocados en general en lugares altos. Pero pronto, sobre todo después de la reforma deuteronomica, habrá un único santuario oficial en Jerusalén: el templo de Salomón. En él van a converger las diferentes tradiciones: la oscuridad del "Sancta sanctorum" recuerda aquella en la que penetra Moisés en el Sinaí; el arca es puesta en el templo; el templo es el corazón de Jerusalén y Jerusalén lo es del país de Canaán. De ahí el peso del templo en la vida del pueblo israelita⁹. La connotación de casa, de habitación es mayor que en los casos anteriores (2 Sam 7,5; 1 Re 3, 1-3; Am 1,2; e Is 2,2; 37,14; Sal 27, 4).

Pero al mismo tiempo, y compensatoriamente, se proclama la imposibilidad de que un templo pueda contener a Yahvé. Esa idea se expresa con fuerza en la célebre

⁸ Martin Buber opone las concepciones de Dios que esconden estas localizaciones en el arca y el templo y ve aquí "la expresión clásica de las tensiones entre el Dios libre de la historia y la deidad encadenada a las cosas naturales": *The prophetic Faith*. New York 1960, 83.

⁹ "El templo habiendo ejercido así una función de atracción que termina en la cristalización de tradiciones diversas, se comprende que la piedad haya sido determinada por él y haya gravitado en su órbita": E. JACOB, *Théologie de l'ancien testament*, 210.

profecía de Natán, motivada por el deseo de David de construir un templo para Yahvé (2 Sam 7) ¹⁰. Además, en el momento mismo en que el templo es consagrado, Salomón reconoce que la morada de Yahvé es el cielo: "Oye, pues, la plegaria de tu siervo y de tu pueblo Israel cuando oren en este lugar. Escucha tú desde el lugar de tu morada, desde el cielo, escucha y perdona" (1 Re 8, 30). El tema de la habitación de Dios en el cielo es antiguo (cf. Gén 11, 5; 18,21; 28,12; Ex 19,11; Dt 4,36; Sal 2,4), pero emerge con nitidez y con toda su carga de trascendencia y universalidad- en el momento mismo en que el hombre construye una casa, un lugar fijo, para el encuentro privilegiado con Yahvé. La idea de la habitación en el cielo se afirmará poco a poco, sobre todo después del exilio. De otro lado- en el templo mismo, el "Sancta sanctorum" era un espacio vacío: Dios habita por doquier ¹¹.

Simultáneamente a esta trascendencia y universalidad que se esboza y que irá asentándose, los profetas harán una dura crítica del culto puramente externo. Lo que trae una crítica de los lugares de culto; la presencia de Dios no está ligada a una estructura material, a un edificio de piedra y oro. "No se hablará más del arca de la alianza de Yahvé -dirá Jeremías-, no vendrá en mientes, no se acordarán ni se ocuparán de ella, no será reconstruida jamás" (Jer 5, 16). Y sobre el templo: "Así dice Yahvé: los cielos son mi trono y la tierra el estrado de mis pies. Pues ¿qué casa van a edificarme, o qué lugar para mi reposo, si todo lo hizo mi mano y es mío todo ello?... Y ¿en quién voy a fijarme? En el pobre y conrito que tiembla a mi palabra" (Is. 66, 1-2). La última línea marca el sentido de esa crítica: la preferencia de Yahvé por la actitud profunda e interior. Precisamente, en la nueva alianza que se anuncia, Yahvé dirá: "Les daré un corazón nuevo, infundiré en ustedes un espíritu

¹⁰ Cf. el comentario de Y.-M. CONGAR, *o. c.*, 35-71.

¹¹ Esto ha sido observado con frecuencia: cf. por ejemplo, G. T. MONTAGNE, *Teología bíblica de lo secular*. Santander 1969, 17.

nuevo, quitaré de su carne el corazón de piedra y les daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en ustedes y haré que se conduzcan según mis preceptos y observen y practiquen mis normas" (Ex. 36, 26-27; cf. Jr. 31,33). Dios estará, pues, presente en el corazón mismo de cada hombre.

Este anuncio alcanza su pleno cumplimiento con la *encarnación* del Hijo de Dios: "El Verbo se hizo carne y habitó (puso su tienda) entre nosotros" (Jn. 1, 14). La profecía de Natán se realiza de un modo que supera toda previsión. Cristo no sólo anuncia una oración en "espíritu y verdad" que no tendrá necesidad de templo material (Jn. 4, 21-23), sino que se presenta, él mismo, como el templo de Dios: "Destruyan este templo y en tres días lo levantaré", y Juan precisa: "él hablaba del templo de su cuerpo" (2, 19 y 21). Y Pablo nos dirá: "En él reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente" (Col. 2, 9; cf. Ef. 2, 20-22; 1 Pe. 2, 4-8). Dios se manifiesta visiblemente en la humanidad de Cristo, Dios-hombre, comprometido irreversiblemente con la historia humana.

Cristo, templo de Dios, esto explica la insistencia de Pablo en hablar de la comunidad cristiana como un templo de piedras vivas, y de cada cristiano en particular, miembro de esa comunidad, como *templo del Espíritu Santo*: "¿No saben que son templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en ustedes? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque el templo de Dios es sagrado, y ustedes son ese templo" (1 Cor. 3, 16-17); "¿no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo que está en ustedes y han recibido de Dios?" (1 Cor. 6, 19)¹². El Espíritu enviado por el Padre y el

12 El "cuerpo" (*soma*) en la apocalipsis judía significa toda la persona en tanto que tiene una existencia corpórea en un mundo histórico de relaciones interpersonales. El cuerpo es justamente la condición de posibilidad de esas relaciones. En adelante, en ese mundo se celebrará el verdadero culto (cf. Rom 12, 1). Cf. A. GRABNER-HAIDER, *Zur Kult-*

Hijo para llevar la obra de salvación a su pleno cumplimiento, habita en cada hombre, en hombres que forman parte de un tejido bien preciso de relaciones humanas, en hombres que se hallan en situaciones históricas determinadas.

Es más, no sólo el cristiano es templo de Dios, lo es todo hombre. El episodio de Cornelio es claro al respecto: los judíos "quedaron atónitos al ver que el don del Espíritu Santo había sido derramado también sobre los gentiles". Pedro saca la consecuencia: cómo negar el bautizo "a éstos que han recibido el Espíritu Santo como nosotros" (Hech. 10, 45 y 47; cf. 11, 16-18 y 15, 8). Es por ello que a todo hombre es posible aplicar, de un modo u otro, la frase de Cristo: "Si alguno me ama guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos morada en él" (Jn. 14, 23). "Muchos son invisiblemente el templo", dice Congar inspirándose en la conocida expresión de Agustín de Hipona: "Muchos parecen estar dentro, cuando en realidad están fuera, y otros parecen estar fuera, cuando en realidad están dentro"¹³. En definitiva, sólo Dios "conoce a los que son suyos" (2 Tim. 2, 19).

Estamos aquí, por consiguiente, ante un doble proceso. De un lado, hay una universalización de la presencia de Dios: de localizada y ligada a un pueblo particular hay una paulatina extensión a todos los pueblos de la tierra (Am. 9, 7; Is. 41, 1-7; 45, 20-25; 51, 4; libro de Jonás). De otro lado, hay una interiorización, o mejor, una integralidad de esa presencia: de una habitación en lugares de culto se pasa a una presencia en el corazón de la historia humana, a una presencia que abarca todo el hombre. Cristo es el punto de convergencia de ambos procesos. En él, en su singularidad personal, lo particu-

Kritik im Neuen Testament: Diakonia 4 (1969) 138-146; y H. MÜHLEN, *El Espíritu en la Iglesia*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1974, 175-219.

13 Y.-M. CONGAR, *o. c.*, 221.

lar es superado y lo universal se hace concreto. En él, en su encarnación, lo personal e interior se hace visible. En adelante, ése será, de un modo u otro, el caso de todo hombre.

No hay, acá tampoco, subrayemoslo para terminar, un proceso de "espiritualización". El Dios hecho carne, el Dios presente en todos y cada uno de los hombres no es más "espiritual" que el Dios presente en el monte, en el templo. Es, incluso, más "material", no está menos empeñado en la historia humana; por el contrario, es mayor su compromiso con la realización de su paz y de su justicia en medio de los hombres. No es más "espiritual", pero sí es más cercano y, a la vez, más universal, más visible y, simultáneamente, más interior.

Desde que Dios se hizo hombre, la humanidad, cada hombre, la historia, es el templo vivo de Dios vivo. Lo "pro-fano", lo que está fuera del templo, no existe más.

II

LA CONVERSION AL PROJIMO

Los modos de presencia de Dios condicionan las formas de nuestro encuentro con él. Si la humanidad, si cada hombre es el templo vivo de Dios, a Dios lo encontramos en el encuentro con los hombres, en el compromiso con el devenir histórico de la humanidad.

1. *Conocer a Dios es obrar la justicia*

El antiguo testamento es claro sobre la estrecha relación que existe entre Dios y el prójimo. Esa relación es lo propio del Dios de la Biblia. Despreciar al prójimo (Prov. 14, 21), explotar al jornalero humilde y pobre, no pagar el salario a tiempo es ofender a Dios:

No explotarás al jornalero humilde y pobre, ya sea uno de tus hermanos o un forastero que reside dentro de tus puer-

tas. Le darás cada día su salario, sin dejar que el sol se ponga sobre esta deuda; porque es pobre, y para vivir necesita de su salario. Así no apelarás por ello a Yahvé contra ti, y no te cargarás con un pecado (Dt. 24, 14-15; cf. Ex. 22, 21-23).

Esto se explica porque "quien se burla de un pobre, ultraja a su Hacedor" (Prov. 17, 5).

Inversamente, conocer, es decir amar, a Yahvé es hacer justicia al pobre y al humillado. Al anunciar la nueva alianza, después de afirmar que Yahvé escribirá su ley en los corazones, Jeremías dirá: "Ya no tendrán que adorar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo: conozcan a Yahvé, pues todos ellos me conocerán" (31, 34). Pero Jeremías nos previene, con nitidez, en qué consiste conocer a Yahvé: "¡Ay del que edifica su casa sin justicia y sus pisos sin derecho! Hace trabajar de balde a su prójimo y no le paga su salario. El dice: voy a edificarme una casa espaciosa y pisos ventanados, y le abre sus correspondientes ventanas; pone paneles de cedro y los pinta de rojo. ¿Eres acaso rey por tu pasión por el cedro? Tu padre ¿no comía y bebía?, pero hacía justicia y derecho, eso está bien. ¿No es esto conocerme? oráculo de Yahvé" (22, 13-16). Donde hay justicia y derecho hay conocimiento de Yahvé, cuando aquéllos faltan éste está ausente: "no hay fidelidad ni amor, ni conocimiento de Dios en esta tierra, sino perjurio y mentira, asesinato y robo, adulterio y violencia, sangre y más sangre" (Os. 4, 1-2; cf. Is. 1). Conocer a Yahvé, lo que en el lenguaje bíblico quiere decir amar a Yahvé, es establecer relaciones justas entre los hombres, es reconocer el derecho de los pobres. Al Dios de la revelación bíblica se le conoce a través de la justicia interhumana. Cuando ésta no existe Dios es ignorado, está ausente. "Dios está en todas partes" le dice el cura al sacristán de la novela de J.M. Arguedas: *Todas las sangres*. Y el sacristán que no sabe de metafísica, pero sí de injusticia y de opresión, replica con cierta intuición bíblica: "¿Había Dios en el pecho de los que rompieron el cuerpo del inocente maestro Bellido? ¿Dios está en el